

GLOSAS

"Fonta" y la Servidumbre

Por Jorge Mañach

EL tránsito de Enrique Fontanills dió ocasión para que se dijeran, tal vez demasiado pronto, cosas acerca de la Crónica Social como institución. Digo que acaso demasiado pronto, porque nunca es el momento triste de las defunciones personales el más adecuado para los enjuiciamientos rigurosos, sobre todo cuando el funcionario que desaparece, es un hombre tan real y extensamente querido como lo era Fontanills.

Dejemos a un lado los pequeños cinismos fáciles y hagámosle a "Fonta" la justicia póstuma de decir que, en general, no se le quería por la crónica, por la mayor o menor cantidad de adjetivos con que pudiera obsequiarnos, sino porque aquella vasta humanidad suya estaba de veras empapada en la leche de la bondad humana. Puede que no fuese una criatura seráfica. Supongo yo que tendría, como los tenemos todos, sus pequeños cálculos, sus pequeños vicios, sus pequeñas torceduras—ese elemento de malignidad que nos separa del ángel y que parece indispensable, como el grano fétido en el buen perfume, para darle fragancia a la calidad humana. Pero Fontanills no hubiera podido "capitalizar" su bondad si no hubiera tenido, para empezar, un buen caudal de ella. Fué un profesor de caridades porque tenía el ánimo amorosa, y hasta las flaquezas que le conocimos fueron las flaquezas del hombre generoso.

Estaba tan unido al concepto mismo de la Crónica como institución peculiar de Cuba, que casi no es posible enjuiciar ésta sin tocarle a él. Lo bueno y lo malo que de la institución se dijera en vida suya, parecía que de él mismo se dijera. Y si nos abstuvimos de decirlo, si durante el reinado de "Fonta" sólo nos permitimos apuntar "en voz queda"—como notó Pepín Rivero,—a las malas influencias de la crónica, no fué tanto por no incurrir en el anatema del pontífice, como por esa afición que de veras le teníamos al hombre bueno en él.

Era, sí, inevitable que la Crónica se confundiera con el Cronista Máximo, porque éste fué el que la llevó al grado de importancia periodística que ha asumido entre nosotros. Pero convendría que limitásemos esa responsabilidad de Fontanills a la medida en que él sirvió sólo de agente, de instrumento, de servidor a un estado psicológico y social que en rigor fué el verdadero determinante de la hipertrofia croniquil. Yo no creo que ningún hombre sea suficientemente hábil para imponerle a una sociedad un vicio o, si la palabra parece demasiado fuerte, una excrecencia semejante. Las cartas del doctor Matías Duque, por ejemplo, no han creado ninguna institución. Si la crónica alcanzó la exuberancia que alcanzó con Fontanills, debió ser porque el terreno estaba de tal modo dispuesto que le permitió echar buenas raíces. La Crónica fué el resultado de una demanda, y Fontanills, a su modo, fué nada más—y nada menos—que un buen instinto periodístico, que supo ver una apetencia y a quién la tarea se le fué creciendo poco a poco entre las manos, al servicio de esa demanda social.

Al enjuiciar, pues, la Crónica, no se le abre proceso a Fontanills. Ni a ningún cronista. El mundo moderno está lleno de absurdos y de fealdades y de explotaciones organizadas que son parte inherente del sistema común de vida en el cual todos estamos insertos y al cual todos, más o menos,

2

46
61

por acción o por omisión, estamos obligados a servir. La responsabilidad de la crónica no es de los cronistas más que pueda serlo de cada uno de nosotros. El cronista no es sino el hombre a quien le ha tocado servir en esa parcela del interés moderno, como a otros nos toca la misión (en el fondo más libre de censuras), de ser abogados, colonos o comerciantes. No hay simplismo más barato ni miopía más condenable que la de juzgar a los hombres por el trabajo que desempeñan, cuando este trabajo figura entre las dispensaciones lícitas establecidas. ¿Quién no es el esclavo de alguna de estas funciones, y qué función de éstas no tiene su tejado de cristal?

Lo que hay que preguntarse, pues, es por qué la sociedad, como está organizada en un momento y en un lugar dado, origina estas cosas ligeramente—y a veces profundamente—aviesas que son la crónica social, una oficina de abogado o de colono, una oficina anunciadora comercial... El hecho de que nos rebelamos contra estas instituciones, por el mal que nos hacen, no comporta en modo alguno una censura para aquellos a quienes la coacción económica, que es la ley de nuestro mundo capitalista, ha obligado a servirlos. En los succulentos artículos que, bajo el título "Confesiones de un Anunciador", he traducido y publicado en los últimos días, se habrá visto esa dramática duplicidad que impone a los hombres el mundo de hoy. Un poeta tiene que vivir esclavo de la prosa comercial. Un radical, tiene que servir a los menesteres de la propaganda, necesaria para estimular la demanda en gran escala que a su vez exige la producción en masa... Nadie se sustrae a esta servidumbre organizada de la sociedad competitiva. El que más libre se supone, el que cree que está llenando una función social muy digna y solemne, en el fondo es tan esclavo como todos los demás de aquel "poderoso caballero", que ya ponderó Quevedo, en una época en que no era, ni con mucho, todo lo poderoso que es hoy día.

Pero claro es que conviene ir examinando, cada vez que las ocasiones se presenten, las causas y las formas individuales de nuestra esclavitud. Claro es también que algunas de éstas suponen una esclavitud más inmediata que las demás, y tienden a fomentar las otras. Tal es la esclavitud colectiva de la crónica.

Acaso estemos ya lo suficientemente distantes—periodísticamente hablando, que no sentimentalmente,—de la muerte del buen "Fonta", para intentar con alguna independencia el examen de las razones sociales de la Crónica como institución hipertrofiada en Cuba. Y para ver qué saldo de estimación nos queda cuando le hayamos apuntado el Haber y el Debe a esas columnas desmedidas.

GLOSAS

Crónica "Exclusiva"

Por JORGE MAÑACH

¿A qué se debe que la crónica social, bajo el ministerio de Fontanills, llegara a alcanzar entre nosotros la desmesurada importancia de que disfrutaba?

Observamos ya que no ha podido tratarse de una mera imposición periodística. Aquí, como en casi todas partes, los periódicos son, inexorablemente, negocios. A veces son algo más. A veces, tienen su alma en su almarío y procuran ser también empresas de cultura. Pero nunca, como es lógico, a espaldas de la despensa. De modo que un periódico no se impone generalmente una misión—en esta época competitiva que há estado viviendo el mundo—a menos que la misión sea muy del gusto del público y se traduzca en positivos rendimientos. Las dimensiones de la crónica tienen, pues, como principal razón de ser, una demanda social.